

Tom. II. pág. 219.

REYES GODOS EN ESPAÑA.

va II, hijo de Recaredo, su padre en 601, y le matan a edad de 22 años.

co, homicida de Leuva, se gir rey por la nacion en 603, sinan en 610.

emaro sucede á Viterico y muere año 612.

to es electo rey de los visogodos en 612, y muere en 620.

Sado II, hijo de Sisebuto. Le ba, uno de los principales señores de la nacion de los visigodos, es y en el dia mismo de la muerte de Sisebuto. Renuncia en 680, y muere en 683.

io, hijo de Ardabasto, oriundo de la nacion de los visigodos, es electo rey en 680, y muere en 687.

, designado rey por Ervigio, es confirmado por toda la nacion y muere en 701.

REYES DE FRANCIA.

Clotario II, que habia llegado á ser rey de Soissons en 584 por muerte de Chilperico I, reúne toda la monarquía en 613, y muere en 628.

Dagoberto I y Cariberto, hijo de Clotario II, dividen entre sí el reyno en 638. Dagoberto le sobrevive. y revna solo hasta su muerte en 639.

HISTORIA ECLESIASTICA

GENERAL

Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y SUS PROGRESOS.

SIGLO OCTAVO.

ARTICULO PRIMERO.

Descripcion política del Oriente y del Occidente.

Al principio de este siglo ocupaba el trono imperial de Oriente Tiberio III., cuyo nombre propio era Absimaro, despues de haber echado de él al usurpador Leoncio en una de aquellas sublevaciones repentinas que sucedian tantas veces, desde que los exércitos se habian hecho dueños de la púrpura. No conoció este príncipe en el puesto mas alto sino los temores á que estan expuestos los elevados á él por el capricho de la fortuna. Justiniano en lo mas retirado de su destierro era un enemigo terrible para él, porque tenía parciales en Constantinopla. Sus amigos, que todo lo habian perdido en su caída, entretenian la inclinacion de los que deseaban su restablecimiento con la esperanza de recuperar los puestos de que habian sido echados. La ambicion inquieta de este príncipe, despues de haberle puesto muchas veces en peligro de perecer por la traicion de aquellos á quien su estado le obligaba confiar sus designios, salió bien al cabo. Halló en el príncipe de la Bulgaria, á quien habia propuesto á su hija en casamiento, un protector poderoso, y emprendió establecerle. Terbelis, que así se llamaba este príncipe, lisonjeado sin duda de la gloria tan dulce para un bárbaro de ser el único apoyo de un emperador, y de dar á los romanos un dueño, tomó su defensa con tanto ardor, como si se hubiera empeñado en conquistar el imperio para sí mismo. En vano tan-

teó Tiberio todos los medios de romper esta union, ó de impedir sus conseqüencias; pues bien pronto se pusieron á la vista de Constantinopla Terbellis y Justiniano. Estando esta ciudad bien fortificada y pertrechada de todo lo necesario para su defensa, no pensaba ver jamas en sus muros á un príncipe odioso, á quien habia echado por sus crueldades. En esta confianza se hallaba, quando habiéndose introducido en la plaza los soldados por un aqüeducto mal defendido, abrieron las puertas al ejército de Justiniano, el qual marchó derecho á palacio, se apoderó de él, y recuperó el imperio con la misma facilidad que lo habia perdido.

Era de esperar que este príncipe escarmentado en sus desgracias no manchase con nuevos crímenes un trono, del qual le habian precipitado por sus injusticias y tiranía; pero es difícil que una alma feroz y sanguinaria se modere en las adversidades. El infortunio solamente es leccion útil para los que tienen radicada en el corazón la virtud, y se han hecho culpados en la embriaguez de la prosperidad, más por el error que por la malignidad. Restablecido Justiniano en todos los derechos del soberano poder, solo pensó en la venganza, mostrándose mas bárbaro que ántes de su caída, y manifestando mas violenta su crueldad reprimida en su desgracia, que quando se vió en libertad, fueron sus primeras víctimas Tiberio y Leoncio: púsolos á sus pies en el circo en presencia de todo el pueblo, y mandó cortarles la cabeza. Todos los que el tirano sospechó que habian favorecido el partido del uno y del otro, fueron comprehendidos en la desgracia de los dos. Viendo Constantinopla los furios de un monstruo, que parecia que no habia roto sus cadenas sino para devorarlo todo, deseaba un vengador: dióselo el ejército en la persona de Bardanes, por sobrenombre Filípico, á quien proclamó emperador al pie de los muros de Cresona, mandada sitiarse por Justiniano para vengarse en los habitantes de esta ciudad de los males que habia sufrido durante su desgracia. Pero sus soldados le abandonaron, fué preso, se le cortó la cabeza, y se mandó llevar á Constantinopla para hacer ver á la ciudad imperial que ya no tenía que temer al verdugo que la habia inundado en sangre. Así acabó este príncipe, que habiendo sido dos veces dueño del imperio, reynó solamente para ser el azote, y merecer el horror del género humano.

El nuevo emperador, que se habia conducido siempre con mucha moderacion, dulzura y prudencia ántes de su elevacion, pareció débil, indolente, voluptuoso desde que subió al trono: metido en su palacio, y ocupado únicamente en sus placeres, disipó en pasatiempos frívolos, en vanas profusiones y en excesos los tesoros que habia juntado Justiniano en tan injustas confiscaciones. Solo hizo uso de la utilidad soberana para proteger al error del monotelismo, y de las fuerzas del imperio para perseguir á los católicos. Vió á los sarracenos apoderarse de las provincias á que aun no habian penetrado sus armas, y á los búlgaros abanzarse hasta las puertas de Constantinopla sin tomar medida alguna contra unos enemigos tan temibles. Al punto se siguieron el desprecio y la indignacion pública por fruto de una nacion que exponia á la patria, y envilecia mas y mas el nombre romano en la opinion de las naciones rivales, que atacaban el imperio por todas partes. Dexóse ver el descontento en medio de una fiesta que daba Filípico á sus cortesanos para celebrar el aniversario de la fundacion de Constantinopla, porque después de un convite suntuoso, habiéndose retirado á descansar, entró en su quarto un oficial acompañado de algunos soldados, y hallándole dormido, le agarró, le arrastró á un picadero, y le hizo sacar los ojos sin que nadie pudiese defenderle. No habia reynado sino algo más de año y medio. Sucedióle Artemio, que le sucedió con el nombre de Anastasio, habia sido su secretario. Aunque debió la púrpura á los patricios Georgio y Teodosio, autores de la revolucion que él movió contra el trono de los Césares, les mandó sacar los ojos para castigar en ellos el crimen que habian cometido contra la magestad imperial en la persona de Filípico. Los tiempos eran tan fatales, y los desórdenes del estado habian llegado á un punto tal, que Anastasio con gran talento para el gobierno, mucha aplicacion para los negocios, y con todas las prendas civiles y militares que contribuyen á la gloria y á la felicidad de los pueblos, no pudo conservarse en el puesto á que parecia que lo habian elevado sus grandes qualidades, pues le obligaron la rebellion de un ejército que habia enviado contra los sarracenos, y el asesinato del general que le mandaba, abandonar el imperio á un recaudador de impuestos nombrado Teodosio, á quien los rebeldes le entregaron por casuali-

dad. Acogióse á la religion, y salvó su vida con un hábito monástico que se vistió.

Habiendo atraído Leon, que mandaba las tropas imperiales en el Oriente, á sus miras á los generales y al ejército de Armenia, no quiso reconocer á Teodosio. Por otra parte, atentos siempre los sarracenos á aprovecharse de la debilidad de los romanos y de sus divisiones, hacian grandes preparativos para atacarlos en los momentos favorables á sus designios. Como Teodosio conocia su incapacidad, no dudó baxar del puesto á que habia subido contra su voluntad: y así renunció voluntariamente una dignidad, cuyas obligaciones eran superiores á sus fuerzas; y habiéndose retirado á un monasterio, pasó en él una vida dulce y obscura, qual convenia á su carácter. Su reynado duró poco mas de un año.

Tomó luego despues la púrpura Leon, que fué el tercero de su nombre, y para unir los votos del pueblo, y la insignia de la religion con la eleccion de los militares, se hizo consagrar con un aparato seductivo en la iglesia grande de Constantinopla desde que se hizo dueño de esta capital. Habia nacido en Isauria, de donde le vino el sobrenombre de Isauro que le da la historia. Sus padres eran de baxa esfera, y habia comenzado por soldado raso; pero su conducta, su valor y su talento le habian ido elevando de grado en grado hasta el puesto de general con que se hallaba premiado quando llegó al imperio. Este príncipe tenia amor á la justicia, al valor, á la constancia, y á la elevacion en el carácter. Se le vió con gozo subir al trono, y todo se esperaba de las bellas qualidades que se admiraban en él. Los diez primeros años de su reynado correspondieron á estas esperanzas, pues con su inteligencia y acierto detuvo la empresa de los sarracenos, los quales con el designio de aniquillar el imperio y el poder romano habian ido á poner sitio delante de Constantinopla con dos ejércitos formidables por mar y tierra. La armada se consumió con el fuego *gregeois*, invencion de los griegos, cuyo secreto se ha perdido, y el ejército de tierra se acabó por sí mismo en la mucha duracion del sitio, en la vigorosa resistencia de los sitiados, y en la contrariedad de las estaciones. Libre ya Leon de estos formidables enemigos, lleno de gloria, amado de su pueblo, y temido de los extrangeros, podia con su talento natural, y con la

experiencia que habia adquirido recuperar al imperio una parte de su antiguo esplendor, aplicándose á remediar los males del estado, y los vicios del gobierno. Pero por desgracia de la iglesia y de la sociedad se enredó en el nuevo error de los iconoclastas con un furor y una obstinacion casi increíble. Y habiendo llegado á ser feroz y cruel por fanatismo, gastó lo restante de su vida en hacer la guerra á las imágenes, y en perseguir á sus vasallos por mas de quince años. Murió en fin en medio de las calamidades y desastres que él habia inventado, dexando el imperio al pillage de los ejércitos de los sarracenos, á las facciones de adentro, y á los sacrílegos furros de los hereges que habia excitado: y como á verdugo de sus vasallos, y destruidor del culto establecido en la Iglesia, cargó sobre él la exêcracion de los romanos que le habian idolatrado al principio de su reynado, que duró casi veinte y quatro años.

Constantino, de sobrenombre Coprónimo, hijo de Leon III., asociado al imperio en su niñez, no era mas á propósito para consolar á la Iglesia y al estado en los males de que su padre habia sido la causa. Criado en medio del fanatismo y de un carácter naturalmente duro y violento, se irritó con los sucesos importunos que turbaron su reynado, y con la resistencia que volvió á encontrar en la execucion de sus injustos deseos. Arrastrado mas de su ódio contra las santas imágenes de lo que su padre habia sido, tuvo por gloria el horror de extirpar con destierros y castigos, si le hubiera sido posible, un culto que osaba calificar de idolatría. Nada pudo calmar su ferocidad tanto mas funesta, quanto mas ciego le hacia en sus propios intereses, igualmente que los del estado, ni las empresas siempre felices de los sarracenos, ni las conspiraciones que frecuentemente renacian, ni el error de los ciudadanos que le detestaban, ni el continuo peligro de un desgraciado fin á que estaba expuesto: solo seguia los impulsos del furor que le arrastraban á sacrificar á todos los que sabia que estaban aficionados á la fe de la Iglesia, derramando mas sangre, y causando mayores males á la patria que los mas de los tiranos que le habian precedido; sin dexar apenas la persecucion cruel que habia renovado contra los católicos, ó mas bien continuado, sino por algunos ataques que dió á los enemigos del imperio, ni las

armas que había tomado contra los sarracenos y los búlgaros, sino para volverlas contra sus propios vasallos, sin distinción de grandes, de pueblo, de legos, de sacerdotes ni monges. Arrebatóle una fiebre ardiente, y libró al género humano de este monstruo sediento de sangre que perdió la vida en medio de los dolores más crueles, que en los últimos instantes de ella él mismo consideró como una prueba de los castigos eternos que había merecido por su impiedad. Reynó para la infelicidad del mundo treinta y cuatro años.

Al poder é impiedad de Coprónimo sucedió Leon IV. su hijo, de sobrenombre Chásaro. Sus principios fueron buenos, y anunciaron un reynado prudente, humano y glorioso en reparar las desgracias de que se veía oprimido despues de tan largo tiempo para dar al pueblo alguna prueba que le pusiese en estado de exercer con fruto su industria, y restituir al comercio una actividad que su padre había destruido con su avaricia; franqueó su erario, y restableció la circulacion, fingiendo tambien un gran zelo por la fe ortodoxa, y suspendiendo la persecucion; pero estas buenas exterioridades eran una hipocresía, que le había inspirado la política y el artificio, porque despues de haberse creído Leon asegurado en el pueblo, cuyo amor había comprado con liberalidades, cesó en moderarse, y dió á conocer los pensamientos impíos que abrigaba en su pecho, manifestándose mas indiferente que ninguno de sus predecesores á las necesidades del estado, cuyas desgracias iban cada día de mal en peor; se olvidó que había sarracenos y búlgaros armados continuamente para aprovecharse de todas las circunstancias favorables á sus designios contra el imperio. Unas imágenes que halló debaxo del travesero de la cama de la emperatriz Irene su esposa le excitaron repentinamente el furor en que se había contenido hasta entónces. Iba á volver á tomar con mas violencia que nunca el proyecto destructor de su abuelo y de su padre, y á volver á dar principio á la persecucion suspendida algunos años había, quando una muerte repentina y dolorosa se llevó á este príncipe, cuyo reynado había durado al pie de cinco años.

Constantino Porfirogeneto, así nombrado porque había nacido en la púrpura, ventaja de que gozaron pocos emperadores despues de él, tomó las riendas del gobierno

luego despues de la muerte de Leon IV. baxó la tutela de Irene su madre. Por el orden y constancia de la regeñcia de los negocios con que corrió esta muger hábil y animosa, se vió lo que pueden el ingenio y la aplicacion en las ocasiones mas difíciles. Detuvo con la actividad de sus generales las invasiones de los enemigos de afuera que habían hecho tantos progresos en los reynados precedentes miéntras que los soberanos de Constantinopla se ocupaban solamente en dar órdenes bárbaras contra los defensores de las santas imágenes, y parecia que no tenían otra utilidad que la de despoblar el imperio, haciendo degollar á sus vasallos. Ella descubrió y disipó con su vigilancia las conjuraciones que la inquietud ó descontento habían formado. Ella alejó por su habilidad la borrasca que la revolucion de Helpidio protegido por el califa había levantado contra ella y contra su hijo, negociando la paz con el príncipe musulman con duras condiciones (es verdad) pero necesarias en la situacion en que se hallaba. Constantino, tan inconstante como impetuoso en sus inclinaciones, se cansó de una dependencia que humillaba su orgullo, é incomodaba sus pasiones. Alejó á Irene de los negocios, y desde este punto quedó destruido todo lo que ella había hecho para la seguridad del estado. Renacieron las facciones, se multiplicaron los desórdenes, y todo se hubiera perdido si el débil emperador bien convencido de su incapacidad no hubiera vuelto á traer á su madre para darle, asociándola al imperio, una autoridad de que él no sabia hacer uso. Irene se sirvió de ella para despojar á su hijo, cuya inconstancia y caprichos conocía, habiéndose hecho odioso por muchas acciones de crueldad. La ambiciosa emperatriz supo aprovecharse diestramente de estas disposiciones del pueblo, y no le costó trabajo convertir el odio público contra un príncipe, cuyos vicios é incapacidad no era menester probar. Se entregaron á Irene aquellos que estaban armados para defenderle, la qual tapándole la boca, mandó arrancarle los ojos con tanta violencia, que luego despues de esta cruel operacion se siguió la muerte. Reservamos para el siglo noveno la sucesion del reynado violento y agitado de esta princesa. Bien merecen sus crímenes y desgracias servir de época á estos tiempos tempestuosos, á que se siguieron con tanta rapidez escenas trágicas y revoluciones sangrientas.

Estando deshonrada la púrpura por unos príncipes indignos de llevarla, y combatida incesantemente la autoridad de los emperadores en el centro mismo de su dominación, nadie debe admirarse que no hayan podido conservar las provincias lo que también les correspondía en el continente y en las islas de Italia. Los reyes de Lombardía se iban engrandeciendo siempre á costa de lo que quedaba del imperio: y los exárquos representantes móviles eran todos ellos muy débiles, y poco interesados en los sucesos de sus empresas para obrar con el zelo y vigor necesarios contra unos enemigos que tenían un plan seguido, y trabajaban para sí mismos. Pero este poder extraño, que debía su establecimiento á sus conquistas, y se había afianzado por una cadena de victorias rara vez mezcladas de reveses, se vió precisado á ceder en su turno á la fortuna de Pepino y de Carlo Magno, como luego veremos. En esta época fué quando la soberanía de los emperadores y la de los lombardos quedaron igualmente aniquiladas. La Italia mudó de semblante, y la grandeza de los pontífices romanos se estableció sobre el pie que había mucho tiempo que deseaban procurarse, para no hacer mas que crecer y elevarse de siglo en siglo. Después de esta revolución, que fué al mismo tiempo la obra de la fuerza de la política y de la piedad, quedó la suerte de Roma incierta por algun tiempo. Esta capital del mundo y del catolicismo no estaba libre ni sometida al papa, bien que en ella exerció una grande autoridad en lo temporal, ni propiamente sujeta á nuevos conquistadores, aunque estaba baxo su dependencia. Vamos á explicar por qué grados pasó poco á poco de este estado poco seguro al total dominio de sus pontífices.

Desde el fin del siglo séptimo había caído la Francia en una especie de anarquía, y aprovechándose los gobernadores de palacio de la flaqueza de los príncipes legítimos, de tal modo habían atraído á sí toda la autoridad, que no les faltaba mas que el nombre real. Pues tenían en efecto toda la realidad del poder soberano, y cumplían gloriosamente las obligaciones de él. Ellos eran los que presidian las asambleas de la nación, los que proponian en ellas las leyes y los reglamentos pertenecientes al bien público, los que procuraban la observancia y execucion con su prudencia y firmeza, los que mandaban los exércitos, los que

rechazaban los ataques del enemigo de afuera, y velaban en la manutencion del buen orden dentro quanto les era posible en aquellos tiempos de confusión, los que socorrian á los príncipes vecinos, y alargaban los términos del imperio frances. Ultimamente en sus manos estaban las riendas del estado con todos los grandes medios de las rentas en que consiste el poder supremo, y se servian de ellos para llegar á la execucion del plan de grandeza personal que se habían formado. Tales fueron entre otros Pepino el grande y Cárlos Martel su hijo.

Este último salvó á la Francia y á la Europa de los exércitos musulmanes que habían comenzado en ellas la conquista con una felicidad que hacia temer que en breve serian los dueños de ellas. Casi todas las provincias meridionales del reyno desde los Pirineos hasta los Alpes habían caído ya baxo el poder de los sarracenos, quando Cárlos Martel llamado por el duque de Aquitania que se veia próximo á rendirse, sin embargo de su vigorosa defensa, les mostró que había en Occidente mas valor, mas heroísmo, y mas amor de la patria que entre los pueblos enervados del Oriente. En efecto seguido Cárlos de toda la nobleza de Francia, los venció dos veces en orden de batalla. Los mandaba Abderamen sucesor de Zama, quien los había llevado desde España. Este era un general hábil, de mucho valor, y sabia el arte de la guerra como capitán general y animoso soldado. Se celebra en los anales de Francia la victoria completa que le ganó Cárlos cerca de Poitiers, y por ella mereció el vencedor el sobrenombre de Martel, que le dieron por el vigor y la prontitud de los golpes que daba á todos los que encontraba en el calor de la refriega. Quedó sobre el campo de batalla un número casi increíble de muertos, y los vencidos perdieron por algun tiempo la gana de haberlas con los franceses. Las consecuencias de esta victoria memorable fueron la conquista ó la rendicion de las plazas de que se habían apoderado los sarracenos por una parte desde las fronteras de España hasta el Loire, y por la otra desde la mar de Provenza hasta el Yona.

Muerto Cárlos Martel en 741 sucedieron pacíficamente á su poder su hijo Pepino, de sobrenombre el Pequeño, y Cárlo Magno. Habiendo quedado viudo el segundo, tocado de Dios y disgustado del mundo, recibió en Roma de